

"El atraco"

Comedia en 1 acto

PERSONAJES

BLAS (Un cliente del banco, pensionista, no entiende las nuevas modernidades)

ROSA (La cajera del banco, joven, guapa, bien vestida)

ENCARNA (Otra cliente del banco, más que mediana edad)

JOAQUÍN (Trabajador del banco, joven, elegante, su amor secreto es ROSA)

PEPA (Cliente del banco, ya entrada en años, mujer de genio)

ANTONIO (Marido de PEPA, de la misma edad, se deja gobernar por ella)

QUICO (Director del banco, mediana edad)

RITA (Cliente, de la edad de PEPA; enemigas de siempre)

COLAS (Joven, el atracador, más bien inocente)

RAFAEL (Policía, solo se lo oye, no llega a aparecer en escena)

La obra se ambienta en un pueblo de la Asturias rural, pero es perfectamente extrapolable a cualquier otra parte, cambiando el nombre de algunos lugares. La época de la obra, España de finales de la dictadura, o en los primeros años de nuestra democracia.

ACTO ÚNICO

Oficina de un banco de pueblo. La caja, con la ventanilla, y dos mesas donde están el director y otro empleado. Una cajera en la caja (ROSA), un responsable que atiende al público en una mesa (JOAQUÍN). BLAS (un cliente) está tratando con la cajera con una libreta en la mano. Detrás, ENCARNA (otra cliente), espera impaciente.

BLAS.- No entiendo esta libreta. A ver, ¿cuánto tengo?

ROSA.- Que lo tiene ahí, al final, donde el saldo.

BLAS.- Pero, ¿eso de los saldos no es cuando rebajan cosas en las tiendas?

ENCARNA.- No, señor, los hay de gallina, de garbanzos, de pescado...

ROSA.- ¡Saldo, doña Encarna, saldo! (A **BLAS**) No, Don Blas, el saldo es el efectivo que tiene.

BLAS.- ¿Y esta D y esta H que hay aquí?

ROSA.- Eso es el Debe y el Haber.

BLAS.- ¿Como que debe haber? ¡Lo hay seguro! Que a mí me meten la pensión todos los meses. ¿O es que no la han metido este mes?

ROSA.- Sí, la tiene ahí, ¿no lo ve?

ENCARNA.- Bueno, ¿qué? Que tengo el puchero puesto y me va a quemar. ¿Es para hoy?

BLAS.- Es que no sé si me habrán pagado este mes la pensión, porque esta chica me dice que debe haber.

ENCARNA.- Pues si debe haber, tendrá que estar.

BLAS.- (A **ROSA**) A ver, ¿yo cuanto tengo?

ROSA.- Déjeme ver. Mire, Don Blas, esto es lo que tiene ahora en el banco.

BLAS.- Pero la pensión, ¿está o no está?

ENCARNA.- Que me va a chamuscar el puchero...

ROSA.- Está aquí. Mire, el día uno, como siempre.

BLAS.- Pero es que yo en casa miré, y no había puesto nada.

ROSA.- Claro, porque le acabo de poner la libreta al día.

BLAS.- Pero yo había mirado antes de venir, y no estaba, y estamos a seis.

ENCARNA.- Como quemar me queme el puchero...

ROSA.- Le digo que le acabo de poner la libreta al día, y ahora ya sale.

BLAS.- Entonces, ¿me han pagado hoy?

ROSA.- No, señor, el uno.

BLAS.- Pero hoy por la mañana no había, que lo he mirado yo.

ENCARNA.- (*Quita a BLAS de un empujón y se pone en la ventanilla*) Hala, se acabó, que me chamusca el puchero, y luego Marcelo me arma la del catorce. A ver, dame doscientas pesetas.

ROSA.- ¿Trae la libreta?

ENCARNA.- No, traigo un bolso. ¿Cómo voy a llevar el dinero en la libreta?

BLAS.- ¿Y mi pensión?

ENCARNA.- ¡Espera la cola como todo el mundo! ¿Qué? ¿Me das las doscientas pesetas?

ROSA.- ¿Tiene el carnet?

ENCARNA.- ¿Cómo no lo voy a tener? Y con una fotografía preciosa. Es que había ido a la peluquería antes de hacerla. Pero Marcelo parece un "terrorista" de esos, porque no se había afeitado el muy cerdo...

BLAS.- A ver, la pensión esta entró el uno o el seis, que yo no me aclaro.

ENCARNA.- ¡A la cola! ¡Qué gente hay en el mundo, hija! No respetan nada. Como no me des ya las doscientas pesetas, el puchero se va a pegar, y voy a tener follón.

ROSA.- Tiene que darme el carnet.

ENCARNA.- ¿Cómo te voy a dar el carnet? ¡Es mío!

ROSA.- Para darle el dinero, señora, me tiene que enseñar el carnet.

ENCARNA.- Si el carnet lo tengo en casa. Lo tengo encuadrado, porque me ha salido una fotografía tan guapa... Porque había ido a la peluquería antes de sacarla.

BLAS.- ¿Qué habíamos quedado que era la D y la H?

ENCARNA.- La D es de ¡Desaparece! y la H de ¡Arreando! Hala, a cascarla. (*A ROSA*) Las doscientas pesetas me las das en billetes, que parece que así duran más.

BLAS.- Pero es que estaba yo antes...

ENCARNA.- (*A BLAS*) ¡Mira! ¡Como me queme el puchero por tu culpa...!

JOAQUÍN.- (*Se levanta de la mesa*) A ver, ¿hay algún problema?

ROSA.- El problema lo hay nada más abrir por la mañana. Dios, qué pueblo. ¡Qué bien estaba yo en la sucursal de la Tenderina!

ENCARNA.- ¡Quiero doscientas pesetas!

BLAS.- Y yo, mi pensión. Además estaba yo antes.

ENCARNA.- Pero es que yo tengo el puchero en la lumbre, y me va a quemar.

JOAQUÍN.- A ver, Rosa, dale el dinero a Doña Encarna mientras yo atiendo a Don Blas.

ROSA.- Es que no trae ni la libreta ni el carnet.

JOAQUÍN.- No te preocupes, es conocida. Doña Encarna, dele el nombre y los apellidos a Rosa, y todo arreglado. Don Blas, venga por aquí, que yo le explico lo de la pensión. *(Se va con BLAS a la mesa y ENCARNA queda hablando con ROSA. Entran ANTONIO y PEPA)*

PEPA.- ¡Apúrate, Antonio! ¡Rediós, qué poca sangre tienes!

ANTONIO.- Vengo ahogado, mujer.

PEPA.- ¡Te ahogas por poco! Yo vengo del mismo lado que tu y estoy tan guapa.

ANTONIO.- Sí, pero tu has venido sentada en el carro, y yo venía tirando del mulo.

PEPA.- Si lo tuvieses mejor enseñado... No sé cuál de los dos es más acémila.

ANTONIO.- Ni yo, pero sé cuál vive mejor, y no es el que tiene la boina puesta.

ENCARNA.- *(Tras acabar en la caja se cruza con ellos)* Hola, Pepa, me voy, que me quema el puchero.

ANTONIO.- *(Relamiéndose)* ¡Ay! ¿Tienes puesto puchero, Encarna?

ENCARNA.- Sí, pero me va a quemar, y voy a tener que tirarlo.

ANTONIO.- No, tirarlo no lo tires, si eso me avisas, que a mi no me da más.

PEPA.- Tu no puedes comer puchero, te lo ha quitado el médico.

ANTONIO.- También me ha dicho que no abuse del vinagre, y tengo que aguantarte a ti a todas horas.

ENCARNA.- Me voy, hasta luego. *(Se va)*

BLAS.- *(También se va, mirando la libreta)* Pues no acabo yo de ver...

PEPA.- ¿Qué pasa, Blas?

BLAS.- No lo tengo claro. Al parecer, aquí trae que debe haber pensión, y el saldo es esto, pero al final no me aclaro si he cobrado el día uno o el seis. Pero para el mes que viene no me vuelve a pasar. Voy a tener la libreta abierta delante de mi todo el día uno a ver si entra o no el dinero. Adiós. *(Se va)*

PEPA.- A lo nuestro. Vamos, Antonio. *(A JOAQUÍN)* ¿Dónde está el director?

JOAQUÍN.- Estará al caer, doña Pepa. ¿No le sirvo yo?

PEPA.- Me servirías mucho más que el adefesio este que traigo aquí de lado. Si no te importa esperar a que enviude.

ANTONIO.- Si quieres me voy a tirar del puente para ahorrar tiempo. Por mi, encantado.

JOAQUÍN.- ¡Que simpática es usted, doña Pepa!

PEPA.- Entonces, ¿tardará mucho Quico?

JOAQUÍN.- ¿Don Francisco?

PEPA.- Hijo, que a Quico lo he visto nacer como quien dice. A ver si piensa que por poner corbata ya es Don. Apurando, que el asunto es serio.

JOAQUÍN.- Es que ha salido al café, tiene que estar al llegar. Siéntense si quieren a esperarlo.

ANTONIO.- Ay, gracias majo. Sí me siento, sí, que vengo ahogado.

PEPA.- (*Le empuja*) Anda, ganso. Se sentarán primero las damas.

ANTONIO.- ¿Dónde hay alguna?

PEPA.- ¡Que sabrás tu lo que es una dama!

RITA.- (*Entra en el banco, otra cliente*) Buenos días. (*Pone mala cara al ver a PEPA*)
¡Vaya por Dios! ¡Qué momento he escogido para venir al banco!

PEPA.- (*Hosca también*) Desde luego, en este banco ya dejan entrar a cualquiera.

ANTONIO.- Pues sí, puesto que te dejan entrar a ti.

PEPA.- Calla tu, merluzo. Y guarda bien la cartera, no vaya a "perderse".

ANTONIO.- Faltaba que trajese un duro siquiera en ella para que me importase.

RITA.- Pepa, tengamos la fiesta en paz. A poder ser, haz como que no estoy.

PEPA.- Es que por mucho que cierre los ojos, hay así como un tufo en el ambiente...

ANTONIO.- (*Se huele las axilas*) Ya, Pepa, pero andando desde casa, ¿qué quieres? Y eso que no hace ni dos semanas que me ha tocado bañarme.

RITA.- Tufo no sé, pero lo que se oye es como una mula rebuznando.

ANTONIO.- Lo del carro no es una mula, es un mulo. ¿O no le ves lo que le cuelga?

PEPA.- Antonio, no te metas donde nadie te llama. (*Se levanta*) Oye, eso de mula, ¿por quién va?

RITA.- (*Se encara*) Igual por la misma del tufo.

JOAQUÍN.- Ay, Dios, que se va armar... (*Se pone en medio*) Bueno, bueno, a ver si nos calmamos un poco... Ande, doña Pepa, siéntese que Don Francisco está por llegar. Y usted, doña Rita, vaya a la caja que Rosa va a atenderla encantada.

PEPA.- Porque tengo un poco de educación. (*Va a sentarse*)

RITA.- La que a mi me sobra. (*Va a la caja y habla con la cajera*)

PEPA.- Oye, Joaquín, ¿y esa chiquilla?

JOAQUÍN.- Rosa, la cajera nueva. Lleva aquí casi tres meses. Desde el día cuatro, concretamente, a las ocho y media pasadas dos minutos, y con un vestido encarnado que le hacía visos por donde... Ejem, ejem, la cajera nueva.

PEPA.- Parece muy joven.

JOAQUÍN.- Es una maravilla, doña Pepa. Está muy preparada. Viene de una sucursal de la Tenderina. (*JOAQUÍN se queda mirando a ROSA, maravillado*)

ANTONIO.- ¡Hala, del extranjero!

PEPA.- Sí, sí... Una maravilla, ¿eh? Y es fea la muchacha, ¿verdad?

JOAQUÍN.- ¿Qué? Doña Pepa, no me ponga en vergüenza.

PEPA.- Pues ataca, hijo, ataca. Tu también eres buen mozo.

JOAQUÍN.- Es mucho para mi, doña Pepa. ¿Cómo va a mirar una chica de capital como esa para un chico de pueblo como yo?

ANTONIO.- ¿Es de dinero?

JOAQUÍN.- No, es de la Tenderina.

PEPA.- Pero, ¿tu le has dicho algo alguna vez?

JOAQUÍN.- Algo he intentado, pero no me acabo de decidir. Ahora, que estoy en ello, ¿eh?

PEPA.- Estate, hijo, estate.

ANTONIO.- Y si no, para mi.

PEPA.- Anda, mangarrián, que igual te sentaba mal tanta Tenderina.

QUICO.- (*Entra en el banco. El director, bien elegante*) Buenos días. Hombre, doña Josefa, a sus pies. Don Antonio...

ANTONIO.- A mi los pies mejor me los dejas, a no ser que quieras quitarme un uñero que me está dando la tabarra.

PEPA.- Anda, Quico, anda. Pepa y Antonio, como siempre.

JOAQUÍN.- Los señores estaban esperando para tratar un asunto.

PEPA.- ¿Cómo que los señores? ¡Estábamos nosotros delante!

QUICO.- ¡Cómo no! Vengan conmigo a mi mesa. (*A la que van a la mesa del director, pasan de lado de RITA*)

PEPA.- Unos tratan con el director y otros, con los empleados.

ANTONIO.- Pues yo cambiaba sin dudarlo. (*Se sientan en la mesa del director*)

QUICO.- Ustedes dirán.

PEPA.- Ustedes no. Voy a decir yo sola. Quico, quiero diez mil pesetas.

QUICO.- Al grano, ¿eh?

PEPA.- No, en grano, no. Las quiero en billetes, verdes a poder ser.

QUICO.- Bien, para eso es para lo que están los bancos, para dar dinero.

ANTONIO.- ¡Arrea, no me mates! ¿Lo regaláis? A mi, con diez duritos ya me dejás encantado para todo el día.

QUICO.- Regalado, no, pero casi. No más del veinte por ciento de interés, que es prácticamente regalarlo. ¿Y qué es, para una casa, para una finca...?

PEPA.- No, es para mi.

QUICO.- Ya, ya, claro, lo supongo. Pero pregunto el fin de ese dinero.

ANTONIO.- Diez mil pesetas tardan en acabarse, no sé cuándo será el fin.

QUICO.- A ver, Doña Josefa, ¿a qué van a ir destinadas?

PEPA.- Quico, si no te conociera, pensaría que lo quieres saber es en qué quiero gastar el dinero.

QUICO.- Veo que ha cogido la indirecta.

PEPA.- ¡Y a ti qué coño te importa!

QUICO.- Doña Josefa, tiene su importancia, porque hay que saber si es un crédito al consumo o hipotecario.

PEPA.- Ni para uno ni para otro, es para mi. Tu me das diez mil pesetas, y en qué las gaste es cosa mía.

QUICO.- Las cosas no se hacen así, doña Josefa.

PEPA.- Mira, Quico, lo primero deja de llamarme Josefa, que todavía la vamos a tener, y en segundo lugar, el dinero es para lo que yo quiera usarlo, y eso no te importa ni a ti, ni a nadie, y menos a esa que está ahí en la caja, que tiene puesta la oreja desde que nos hemos sentado.

RITA.- ¿Quién, yo? Si no estaba ni atendiendo.

PEPA.- Bien enseguida te has metido donde nadie te llama.

RITA.- Es que he vuelto a oír la mula esa de antes...

PEPA.- (*Se levanta muy enfadada*) ¡Ahora sí que la vamos a tener tu y yo!

RITA.- (*No se amedrenta y va contra ella*) ¡De volver a sentarte me encargo yo! (*Esta acción debe ser muy movida, con las mujeres intentando pegarse, los hombres intentando separarlas, y todos dando muchas voces. En medio de*

todo el follón, sin que nadie atiende para él aparece NICOLÁS en la puerta del banco, con un panty en la cabeza y una pistola en la mano)

NICOLÁS.- ¡Esto es un atraco! (*Nadie le hace caso, y siguen discutiendo*) ¡Que esto es un atraco! (*Ni caso*) Bueno, si están muy ocupados, ya vuelvo en otro momento... (*Sale y vuelve*) Pero... ¡De eso nada! ¡Esto es un atraco! ¡Esto es un atraco! ¡Silenciooooooooooooo! (*Calla todo el mundo*) ¡Caramba ya! A ver, ¿qué estaba yo diciendo? Ah, sí. ¡Esto es un atraco!

QUICO.- (*Se mete tras de su mesa, agachado. ROSA también se esconde bajo la ventanilla de la caja*) ¡El director es aquel! (*Por JOAQUÍN*)

PEPA.- Toma ya, menudo ascenso te acaba de caer, muchacho.

JOAQUÍN.- Calma, calma. (*A NICOLÁS*) Oiga, no hace falta que se altere.

NICOLÁS.- ¿Yo? Pero si aquí el más tranquilo de todos era yo. ¿Qué voces eran esas?

RITA.- La bruja esta que...

PEPA.- ¿Te apuestas a que te arremango una guantada?

JOAQUÍN.- Tranquilas, no alteremos a este señor, que tiene un arma en la mano.

NICOLÁS.- ¿Quién, yo? (*Se mira la mano*) Coño, es verdad. ¡Quieto todo el mundo! Al que se mueva, lo mato todo entero. (*Quedan todos quietos, también NICOLÁS. Una pausa*)

PEPA.- Disculpe, si vamos a estar mucho así, sin hacer nada, casi preferiría sentarme, que enseguida me da el reuma.

NICOLÁS.- ¿Eh? Ah, sí, sí, siéntese, siéntese. ¡Pero al que se mueva, lo mato! ¡Todo entero!

PEPA.- Entonces, ¿no me siento?

NICOLÁS.- Que sí, señora, que no va por usted.

ANTONIO.- ¿Y yo puedo sentarme?

NICOLÁS.- ¿También tiene reuma?

ANTONIO.- No, solo estoy cansado de venir tirando por el mulo. Por cierto, ¿sigue el carro ahí afuera donde lo he dejado?

NICOLÁS.- ¿El mulo ese es suyo? Pues oiga, casi me pega una coz de la que he pasado a su lado.

ANTONIO.- Animalito... Al verle la media esa en la cabeza, pensaría que era mi mujer y...

JOAQUÍN.- Esto... Oiga, ¿va a atracar, o no?

NICOLÁS.- Ah, sí, sí. ¡Estoy muy loco! Al que se mueva...

PEPA.- Ya, hijo, ya, lo matas todo entero. (*A QUICO*) ¿Y tu quieres salir de debajo de la mesa, zángano?

QUICO.- (*Sale con mucho miedo*) Lle... lleve todo lo que quiera. Rosa, atiende a este señor.

NICOLÁS.- Bueno, si está alguien delante, no me importa esperar.

RITA.- Ah, en ese caso me estaba atendiendo a mi.

NICOLÁS.- ¿Y tiene para mucho?

RITA.- Nada, pagar el recibo de la luz y el del agua. Son cinco minutos.

JOAQUÍN.- Pero, oiga, ¿usted viene a atracar o no?

NICOLÁS.- ¡Que sí, que sí! Al que se mueva...

PEPA.- (*Se levanta decidida*) ¡Ay, Dios, que poco espíritu! A ver, ¿trae un saco o algo?

NICOLÁS.- Pues... no. ¿Para qué quiero un saco?

PEPA.- Entonces, ¿dónde vas a llevar el dinero?

NICOLÁS.- ¿Qué dinero?

JOAQUÍN.- ¡El del atraco!

NICOLÁS.- Carajo, no me he acordado... ¿Pueden esperar un minuto aquí a que vaya a buscar uno?

PEPA.- Sí, hijo. Vigilo yo mientras, déjame la pistola.

NICOLÁS.- (*Se la da*) Al que se mueva, ya sabe, ¿eh? Es un momentito. (*Sale NICOLÁS. Quedan todos alucinados y por un momento no saben ni que hacer*)

JOAQUÍN.- Pero... ¡Usted es una fiera! (*Va hacia ella*)

PEPA.- ¡Quieto ahí!

JOAQUÍN.- ¡Doña Pepa!

PEPA.- Ay, perdona, que una está tan acostumbrada a hacer lo que le mandan que se me ha ido la cabeza.

ANTONIO.- Dice que está acostumbrada a hacer lo que le mandan. ¡Pero si no hace más que lo que le da la gana!

JOAQUÍN.- Bien, deme la pistola, y en cuanto vuelva, lo reducimos y se acabó el atraco.

NICOLÁS.- (*Entra con un saco en la mano y coge la pistola*) Gracias, señora. (*A ANTONIO*) Oiga, espero que no le importe que le cogiese el saco del pienso al mulo. Total, me parece que ya estaba hartó.

ANTONIO.- Hombre, dejar al pobre animal sin comida...

NICOLÁS.- Está bien. Tenga (*Le da el saco*). Échele el pienso al mulo y vuelva a traer el saco, ¿eh?

QUICO.- (*Levantando un dedo*) Pe... perdone, si va a dejar salir a alguien, ¿por qué no me deja salir a mi?

NICOLÁS.- Es que el mulo es de él.

QUICO.- (*Saca unos billetes*) Antonio, te doy las diez mil pesetas si me vendes el mulo.

PEPA.- ¡Arrea! ¡Vendido! (*Coge el dinero y lo mete en el canalillo*) Y luego dicen que los bancos dan mal el dinero.

QUICO.- Bien, el mulo ya es mío. ¿Puedo ir a echarle el pienso?

NICOLÁS.- Es que a mi me parece que el amo lo conocerá un poco mejor.

QUICO.- ¡El amo soy yo! Acabo de rascar diez mil pesetas por él.

NICOLÁS.- Bastante caro. Por ese dinero compraba cuatro becerros.

QUICO.- Prefiero los mulos. ¿Puedo ir a cebarlo?

NICOLÁS.- No, no, que vaya él. (*Por ANTONIO*)

QUICO.- Ah, pues entonces no lo compro. Devuélveme el dinero, Pepa.

PEPA.- Santa Rita, Rita... Y de Pepa nada, para ti, señora Josefa.

NICOLÁS.- Oiga, pero en cebando el mulo, vuelva para acá con el saco. Si no vuelve...
¡Mato a su mujer!

ANTONIO.- (*Ilusionado*) ¡Júremelo!

PEPA.- ¡Antonio! Sal a cebar el mulo, y vuelve inmediatamente. ¡Y que no tenga que ir yo a buscarte!

ANTONIO.- (*Mientras sale*) ¡Qué poco dura la alegría en casa del pobre!

NICOLÁS.- ¿En la caja no debería de haber una chica?

JOAQUÍN.- (*Se pone delante de la ventanilla, un poco teatrero*) ¡A esta muchacha ni la toque! Tendrá que llevarme a mi por delante.

NICOLÁS.- Para tocarla, tendría que verla. ¿Dónde está?

ROSA.- (*Sale de detrás de la caja*) Es... Estoy aquí. Por favor... No dispare.

JOAQUÍN.- Yo te defiendo, Rosa.

QUICO.- A mi no me has defendido de esa manera. ¿Recuerdas quién es el que te paga?

PEPA.- Déjalo, hombre, que son cosas de novios.

ANTONIO.- (*Vuelve con el saco*) Ya estoy aquí.

NICOLÁS.- Ha tardado mucho, ¿eh?

ANTONIO.- La verdad es que como me habías dicho que matabas a mi mujer si no volvía, he estado un rato dudando a la puerta.

PEPA.- ¡La cuna que te arrolló! ¡Tu y yo ya hablaremos en llegando a casa!

ANTONIO.- Sabía yo que habría tenido que ir al café... No aprendo, siempre escojo mal.

NICOLÁS.- Bien, pues a llenar el saco. Y echando billetes, ¿eh? Nada de calderilla, que ando un poco del lumbago y no puedo coger pesos.

JOAQUÍN.- Si, si... Dele el saco a Rosa, que ya se lo llena de billetes. (*JOAQUÍN se separa de la caja y NICOLÁS va a la ventanilla*)

NICOLÁS.- Hola, guapa. Quería hacer una retirada en efectivo... Je, je. Llevo preparando este chiste toda la mañana. (*ROSA va metiendo billetes en el saco, con NICOLÁS de espaldas a los demás*). Oye, ¿y calendario de este año tenéis?

ROSA.- Pero solo para clientes.

NICOLÁS.- Vaya por Dios. Bueno, es igual. Ya pido uno en el taller, que allí lo dan de chicas en cueros... mejorando lo presente, quiero decir. (*JOAQUÍN hace señas a los otros, y habla por lo bajo*)

JOAQUÍN.- Ahora es el momento. Voy a reducirlo, y en cuanto lo tenga inmovilizado, con eso de ahí, duro, en toda la cabeza, ¿entendido? (*JOAQUÍN va despacio hacia NICOLÁS, y lo coge, le quita la pistola con facilidad, y lo reduce en el suelo*) ¡Ahora! ¡En toda la cabeza!

PEPA.- ¡Dejadme a mi! (*Coge lo que sea y le arrea a JOAQUÍN en toda la cabeza, que suelta a COLAS y la pistola y queda mareado*)

ANTONIO.- Pero, ¿qué haces, Pepa?

PEPA.- Lo que me ha dicho, en toda la cabeza.

NICOLÁS.- Caramba con la vieja, vaya como da. (*A JOAQUÍN*) ¿Te ha hecho mucho daño?

QUICO.- Y ahora por tu culpa, ha soltado la pistola y el ladrón volverá a cogerla.

NICOLÁS.- Ah, es verdad. (*La coge, al revés, apuntando con la culata y cogida por el cañón*) ¡Que nadie se mueva! ¡Que estoy muy loco! ¡Esto es un atraco!

ANTONIO.- Hijo, que te vas a hacer un agujero en el pie.

NICOLÁS.- ¿Eh? (*Gira la pistola*) A ver si voy a romper las alpargatas, que son nuevas. ¡Quieto todo el mundo! (*A ROSA*) Tu no, tu sigue metiendo dinero ahí.

ROSA.- Ya tengo lleno el saco.

NICOLÁS.- (*Lo coge*) Gracias. ¿Hay que firmar un recibo o algo así?

QUICO.- No, gracias, gracias. Si quiere un calendario del año que viene...

NICOLÁS.- Me ha dicho la cajera que es solo para clientes. (*Duda un poco*) La verdad es que no esperaba que resultara esto así. Estoy un poco despidado.

ROSA.- En la caja no hay más dinero. Como estamos a seis ya han venido casi todos los pensionistas a cobrar.

NICOLÁS.- Pues nada, voy a irme. (*A ANTONIO*) El saco ya se lo devuelvo otro día, ¿eh?

ANTONIO.- Si echo a correr ahora antes de que te vayas, ¿cumples con lo que me has dicho?

PEPA.- Antonio...

NICOLÁS.- Señora, usted, la callada, (*Por RITA*) intente reanimar a este joven. Pobrecillo.

RAFAEL.- (*Voz desde la calle, con un megáfono*) ¡Habla la policía! ¡Salga con las manos en alto!

NICOLÁS.- ¿Como va a salir con las manos en alto, si no se tiene en pie.

PEPA.- Te lo dice a ti, pasmado.

NICOLÁS.- ¡Arrea! ¿Qué hace aquí la policía? Si en este pueblo no hay ni cuartel.

ROSA.- Es que he pulsado la alarma. ¿Qué esperaba?

QUICO.- ¿La alarma? ¿Tenemos alarma?

ROSA.- Yo tampoco lo sabía, pero al agacharme detrás de la caja he visto un botón rojo, y lo he pulsado.

RAFAEL.- (*Siempre desde fuera, y con el megáfono*) Por favor, suelte a los rehenes, no queremos que nadie salga mal parado.

PEPA.- Dice que a los rehenes... ¡Que nos suelte a nosotros!

NICOLÁS.- (*Quita la media, nerviosísimo*) ¡Ay, señor, señor! ¡Con esto no contaba yo!

RAFAEL.- Si suelta a los rehenes, lo tendremos en cuenta para reducirle la condena.

NICOLÁS.- ¿La condena? ¿Quieren meterme en la cárcel? ¿Por qué?

PEPA.- Hombre, zagal, robar un banco no es una cosa permitida.

ANTONIO.- (*Un poco aparte*) Escucha, total, ya que vas a ir para allá sin remedio, ¿cómo no cumples con lo que me has dicho y me libras de la parienta?

NICOLÁS.- Pero es que esto no puede ser. Esto no estaba previsto. Si yo no he hecho nada. *(A RITA)*¿Ese se recupera?

RITA.- Más o menos. El castañazo fue bueno.

JOAQUÍN.- Ayyy, mi cabeza. ¿Qué ha pasado?

RITA.- La bruja esa...

PEPA.- Bueno, bueno, que no estamos a eso ahora mismo, el problema lo tenemos ahí afuera.

RITA.- El problema lo tendrá ese, nosotros no.

JOAQUÍN.- ¿Dónde estoy?

RITA.- En el suelo, hijo.

JOAQUÍN.- Gracias, señora, ya me había figurado que no estaba en el cielo, porque los ángeles serán un poco más guapos.

RITA.- *(Se levanta ofendida)* La madre que... ¡Que te atienda el alcalde!

JOAQUÍN.- ¿Estamos en el ayuntamiento?

NICOLÁS.- ¡Que está la policía ahí afuera!

JOAQUÍN.- ¿Qué policía? ¿Y ustedes quiénes son? *(Se levanta)* Ay, tengo un dolor aquí en la cabeza... Y me parece que hasta un chichón.

RITA.- Eso ha sido...

PEPA.- Eso ha sido que te has golpeado en el suelo al caer. Te ha debido dar un mareo. *(RITA va a contestar)* Y tu calla si no quieres que te dé a ti otro igual.

ANTONIO.- Sí, Rita, mejor calla, que a mi de esos mareos me dan dos o tres veces por semana. Tiene un brazo...

JOAQUÍN.- En resumen, ¿dónde estamos?

QUICO.- A mi me da que con el golpe ha perdido la memoria. Estás en el banco, Joaquín. Trabajas aquí.

JOAQUÍN.- ¿Y toda esta gente?

QUICO.- Yo soy Don Francisco...

PEPA.- O sea, Quico.

QUICO.- Pepa, por favor. Soy el director, y esta es Rosa, la cajera.

JOAQUÍN.- ¡Qué guapa!

ROSA.- Gracias, chaval.

JOAQUÍN.- Las que tu tienes.

QUICO.- Los galanteos para más tarde, Joaquín. Y estos son clientes. Bueno, ese no. *(Por COLAS)*

NICOLÁS.- Pero si quiere abro una libreta. (*Saca del saco unos billetes*) ¿Con mil pesetas le parece bien?

PEPA.- ¿Qué dices?

NICOLÁS.- No sé, señora, estoy muy nervioso. (*A JOAQUÍN*) Oye, seguro que no te acuerdas de nada.

JOAQUÍN.- ¿Tu quién eres?

NICOLÁS.- (*Con tembleque*) Vale, vale. No nos pongamos nerviosos. (*Suena el teléfono que hay sobre la mesa del director. Asustado*) ¡Otra alarma! ¿Quién ha dado la alarma otra vez?

QUICO.- Es el teléfono. ¿Lo cojo?

NICOLÁS.- Ah, sí, sí.

QUICO.- (*Descuelga*) Banco Asturiano, el banco más cercano. Habla el director. ¿Sí? (*Una pausa. A NICOLÁS*) Es para usted.

NICOLÁS.- ¿Para mi? ¿Y quién me llama a mi? (*Coge el teléfono*) ¿Diga?

RAFAEL.- Soy el sargento Cospedal. ¿Con quién hablo?

NICOLÁS.- Conmigo. ¿No le ha dicho al director que me pusiera?

RAFAEL.- No nos quiere dar el nombre, ¿eh? Entiendo. A ver, no queremos que nadie salga mal parado de esta, ¿verdad?

NICOLÁS.- Hombre, a poder ser...

RAFAEL.- Está bien. ¿Cuáles son sus peticiones?

NICOLÁS.- ¿Las qué? (*A los demás*) No lo entiendo. Quiere que le pida cosas.

PEPA.- (*Coge decidida el teléfono*) ¡Qué poco espíritu! A ver, ¿con quién hablo?

RAFAEL.- Interesante. Por lo que veo son dos.

PEPA.- ¡Oiga, gorda se lo va a llamar a su puñetera abuela! (*Cuelga*)

QUICO.- Pero, ¿por qué ha colgado? Era la policía.

PEPA.- A mi no me llama nadie gorda.

RITA.- Un fideo tampoco eres.

PEPA.- Estoy robusta.

ANTONIO.- Sí, hombre, sí, y yo tengo alguna canita que me hace interesante, no te digo... (*Suena otra vez el teléfono*)

QUICO.- ¿Lo cojo?

PEPA.- Si es el de antes, hasta que no me pida perdón, no me pongo.

QUICO.- (*Descuelga*) Banco Asturiano, el banco más cercano. Habla el director. ¿Sí? Dice que no se pone. ¿El otro? (*A NICOLÁS*) Que se ponga.

NICOLÁS.- ¿Diga?

RAFAEL.- Soy Cospedal.

NICOLÁS.- Caramba, se apellida igual que el sargento que ha llamado antes. ¿Son familia?

RAFAEL.- Soy el que ha llamado antes. Me parece que no hemos comenzado estas negociaciones con buen pie. A ver, lo primero es lo primero. ¿Hay alguien herido en el banco?

NICOLÁS.- Joaquín tiene un chichón en la cabeza bastante grande.

RAFAEL.- Esto complica las cosas. No es bueno que haya herido a un rehén.

NICOLÁS.- Oiga, yo no he sido, ha sido la señora de antes.

RAFAEL.- Me da igual si ha sido usted o su cómplice.

NICOLÁS.- No, no, esa señora y yo no somos familia.

RAFAEL.- Mire, para tener un gesto de buena voluntad, debería dejar que salga el herido, para que lo examine un médico.

NICOLÁS.- Pues va a ser que no, porque ese concretamente no puede salir.

RAFAEL.- (*Enfadado*) ¡Ya está bien! Veo que no va a colaborar. Aténganse a las consecuencias.

NICOLÁS.- Oiga, pero no se enfade... ¿Oiga? ¡Oiga! Que me ha colgado.

RITA.- No te colgara de donde yo dijera.

PEPA.- Es un maleducado. A mi me ha llamado gorda.

NICOLÁS.- A mi me dijo que usted era otra cosa. Com... com....

RITA.- Comedora sería.

PEPA.- Se está rifando una cesta de guantazos y llevas todos los números.

ANTONIO.- ¡Albricias! Debe de ser la primera vez que no los llevo yo todos. Y conste que hay rifa unas cuantas veces a la semana.

PEPA.- Como no dejes de decir tonterías todavía te van a caer hoy otra vez.

ANTONIO.- Punto en boca.

NICOLÁS.- (*A JOAQUÍN*) ¿Despiertas ya o qué?

JOAQUÍN.- ¿Estaba durmiendo?

PEPA.- ¿A qué viene tanto empeño en si este chico está bien o está mal?

NICOLÁS.- Son cosas mías, señora. ¡Joaquín! Soy Nicolás, ¿no me reconoces?

JOAQUÍN.- Ahora mismo no caigo...

ANTONIO.- Ten cuidado, que si caes encima del chichón...

QUICO.- ¡Un momento! ¿Os conocéis?

NICOLÁS.- Esto... (*Amenaza con la pistola*) ¡Usted donde estaba, que estoy muy loco!

PEPA.- (*Le quita la pistola y la pone encima de una mesa*) Venga ya y déjate de estupideces, que yo también estoy un poco mosqueada. ¿De qué conoces a Joaquín?

NICOLÁS.- (*Coge otra vez la pistola*) Oiga, señora, la pistola es mía, ¿eh?

RITA.- Eso, di, ¿cómo es que conoces a Joaquín? (*Lo están arrinconando entre PEPA, QUICO y RITA*)

NICOLÁS.- Pues... pues...

QUICO.- No hay más que una explicación. ¡Joaquín es su cómplice!

NICOLÁS.- Ah, no, el policía de fuera ha dicho que eso lo era esta señora. (*Por PEPA*)

RITA.- ¿No la ha llamado gorda?

PEPA.- Sigue por ese camino, hija, sigue.

QUICO.- (*A JOAQUÍN*) Parece mentira para ti, tantos años en este banco de compañeros, y así nos lo pagas.

JOAQUÍN.- A usted es la primera vez que lo veo.

QUICO.- Claro, por eso estaba todo tan bien planeado. Pero te ha salido mal. No contabas con la alarma, ¿eh?

JOAQUÍN.- Mire, no sé ni de qué me habla, ni quién es usted, ni nada de una alarma. Solo sé que tengo un dolor de cabeza...

QUICO.- Se acabó. Vamos a salir todos ahora por esa puerta y santas pascuas.

NICOLÁS.- ¿Qué? De eso nada. Aquí, mientras ese no recupere la memoria y aclare este embrollo no se mueve ni Dios. ¡Ya me he hartado! Al próximo que abra la boca, me lo cargo. A ver, usted, (*A RITA*) coja a Joaquín, siéntelo en una silla, y a ver si lo reanima de una vez.

JOAQUÍN.- Y en vez de esta mujer, ¿no podría reanimarme esa chica tan guapa? (*Por ROSA*)

NICOLÁS.- Mientras te reanimen, como si es el cura del pueblo. Mira a ver lo que puedes hacer. (*ROSA sale de la caja y acompaña a JOAQUÍN*)

ANTONIO.- Lo de que ese recupere puede durar.

NICOLÁS.- ¿Y a mi qué me cuenta, señor? Al fin y al cabo ha sido su mujer la que le ha arreado el trompazo. Que le hubiese dado más suave.

ANTONIO.- Sí, pero yo tengo que ir a orinar.

NICOLÁS.- ¿Qué?

ANTONIO.- Que ando mal de la próstata.

PEPA.- Y de la ciática, y del lumbago...

NICOLÁS.- Vale, vale, no quiero su historial médico para nada.

ANTONIO.- Pues con historial, o sin historial, tengo que orinar.

NICOLÁS.- ¿Y no puede aguantar?

ANTONIO.- Mira, yo aguantar solo aguanto a mi mujer. Lo de la vejiga no lo controlo.

NICOLÁS.- Está bien. Pero de aquí no puede salir. Vaya ahí detrás, donde la caja.

ROSA.- Oiga, no fastidie, que ahí después tengo que trabajar yo.

NICOLÁS.- Pasas una bayeta, guapa. ¿Qué quieres que te diga?

ANTONIO.- Si tiene que ser, tendrá que ser, que yo no me aguanto. (*Va detrás de la caja*)

ROSA.- ¡Ay, Dios! ¡Como echo de menos la Tenderina!

ANTONIO.- (*Detrás de la caja*) Oíd, ¿tenéis que estar ahí mirando? Así no hay modo.

PEPA.- ¡Para! ¡Que van a ver algo que no hayan visto!

ANTONIO.- A ver, que yo no tengo por costumbre orinar en público, y menos delante de mujeres. Venga, daos la vuelta, ¿qué más os da?

ROSA.- Tiene razón, quiero más ni verlo.

NICOLÁS.- Está bien, pero no tarde, ¿eh? (*Se ponen todos de espaldas a la caja*)

ANTONIO.- Hala, bonita, venga, que tu puedes... (*Empuja un poco*)

NICOLÁS.- (*A PEPA*) Oiga, ¿habla siempre así con ella?

PEPA.- ¿Quién es usted para que yo le cuente mi vida privada?

NICOLÁS.- Bueno, bueno, tampoco hay que ponerse así.

ANTONIO.- Aaaah (*Aliviado*)

NICOLÁS.- ¿Ya está? (*Se dan todos la vuelta*)

ANTONIO.- ¡Eh! ¡Que todavía estoy a ello! (*Todos de espaldas de nuevo, un poco avergonzados*) Aaaah.

NICOLÁS.- Usted avise, ¿eh?

ANTONIO.- Aaaaah.

RITA.- Mecachis, este home se ha parado a beber en todas las fuentes que ha encontrado de su casa hasta aquí.

ROSA.- (*Aterrorizada*) Dios, esto no se limpia ni con un camión de bayetas...

ANTONIO.- Hala, ya está. (*Sale de detrás de la caja*)

NICOLÁS.- Habrá quedado bien, ¿eh?

ANTONIO.- Nada, hijo, cuatro gotitas. Ya te digo que estoy de la próstata.

QUICO.- (*Mirando allá*) Dios, cuatro gotitas, si casi está calando...

NICOLÁS.- ¿Alguien más tiene que ir...?

TOOS.- (*Asustados*) ¡Nooooo!

PEPA.- Oye, mozo.

NICOLÁS.- Detrás de la caja también, señora.

PEPA.- No. Te digo que si esto es para largo, ya podrías ver si nos sacaban unas sillas, que aquí hay gente que ya está en una edad de no estar mucho tiempo en pie, y no hay asientos para todo el mundo.

RITA.- Eso no lo dirás por mí.

PEPA.- Tu mejor que de pie estabas echada, pero en una caja de pino.

NICOLÁS.- (*A QUICO*) Oiga, ¿hay sillas por ahí?

QUICO.- Las que hay en las mesas de atención al cliente.

NICOLÁS.- Pues póngalas aquí en el medio, para que se sienten.

ROSA.- (*Está abanicando y atendiendo a JOAQUÍN*) ¿Cómo estás?

JOAQUÍN.- Mientras me esté cuidando una muchacha tan guapa como tu, en la gloria.

ROSA.- (*Avergonzada*) Gracias otra vez.

JOAQUÍN.- No será la primera vez que te lo dicen.

ROSA.- En medio de un atraco a un banco, sí.

JOAQUÍN.- Aquí al único que han atracado es a mí, que me has robado el corazón.
¿Tienes novio?

ROSA.- ¿Para qué quieres saberlo?

JOAQUÍN.- Como parece que he perdido la memoria, para ir llenándola.

ROSA.- Vas a quedar en chasis: Has perdido la memoria, el corazón...

JOAQUÍN.- Y si me sigues hablando con esa vocecita tan suave, hasta el sentido.
¿Qué? ¿Tienes o no tienes novio?

ROSA.- A lo mejor el que tiene novia eres tu.

JOAQUÍN.- No me suena. Aunque si te hubiera visto a ti antes, seguro que no, porque no podría igualarse a ti.

ROSA.- ¡Qué zalamero!

QUICO.- (*Ha colocado las sillas*) Solo hay estas dos, habrá que arreglarse.

PEPA.- Una para mí.

RITA.- Eso, hay que dejar a los ancianos sentarse.

PEPA.- ¿Quieres probar a ver cómo te sienta a ti una de sombrero?

ANTONIO.- ¿Me siento yo en otra?

PEPA.- Tu ya estás bien "aliviado", ¿no? Pues aguanta en pie.

RITA.- Entonces me sentaré yo.

PEPA.- Pero a distancia, ¿eh? Que corra el aire. (*Se sientan*)

NICOLÁS.- (*A ROSA*) ¿Qué? ¿Ese recupera?

ROSA.- Más de la cuenta me parece a mi. Lleva cortejándome un buen rato.

NICOLÁS.- Normal, ¿no? ¿Qué, Joaquín? ¿Todavía no recuerdas nada?

JOAQUÍN.- Algo va volviendo. Con las manos que tiene esta diosa, cura uno de todos los males.

ROSA.- ¿Ves lo que te había dicho?

NICOLÁS.- Anda, sigue ahí, a ver si se acuerda de una vez de todo. (*Pasea un poco*)

ANTONIO.- Oiga...

PEPA.- ¿Ya tienes gana de orinar otra vez?

ROSA.- Por Dios, otra vez no, que voy a tener que trabajar entonces en una piragua.

ANTONIO.- No, no, al contrario. Lo que tengo es hambre.

NICOLÁS.- Pues como decía mi abuela, vuelva el culo y coma carne. ¿A mi qué me dice?

PEPA.- Oye, tu, a ver si tratamos a la gente mayor con más respeto, ¿eh?

NICOLÁS.- ¿Qué quiere, señora? ¿Que vaya al bar a por una tapa de cecina?

ANTONIO.- No vendría mal. Y si le echas unos taquitos de queso...

QUICO.- Ya puestos, mejor que cecina, jamón, ¿no?

ANTONIO.- Con el queso prefiero la cecina, pero si hay jamón, paso sin el queso.

RITA.- Pero es que el queso a mi me gusta.

NICOLÁS.- (*Con retintín*) Nada, nada, no se preocupen. Traigo una tapa completa: Jamón, cecina, queso y unas rodajas de morcilla. ¿Sidra o vino?

ANTONIO.- Por mi...

NICOLÁS.- (*Enfadado*) ¿Tengo cara de camarero?

PEPA.- Bueno, bueno, sin enfadarse. Pero la verdad es que deberías de mandar que nos traigan algo. No vamos a estar aquí a palo seco.

NICOLÁS.- Está bien, está bien. (*Coge el teléfono*) ¿Cospedal? ¿Sargento? ¡Oiga!

QUICO.- Sin marcar no sé si funcionará...

NICOLÁS.- Ah, ¿y cómo es el número?

QUICO.- No sé. Pero puedo salir a preguntárselo y vuelvo enseguida.

NICOLÁS.- Pues vaya. (*QUICO ve la oportunidad y corre a la puerta*) ¡Un momento! (*QUICO para en seco*)

QUICO.- No... no... Si iba a volver...

NICOLÁS.- ¿No lleva un papel y un lapicero para apuntar el número...? Pero... ¿no tenía pensado volver? ¡Venga, vuelva para dentro! Que gente, no se puede fiar uno de nadie.

ANTONIO.- ¿Voy yo?

NICOLÁS.- No, no... ¿Nadie sabe el número del café de enfrente?

QUICO.- Seguro que lo tengo yo en mi agenda. (*Mira*) Está aquí, sí.

NICOLÁS.- Llame y encargue algo para comer.

QUICO.- ¿Yo?

NICOLÁS.- Hombre, es el director, ¿no?

QUICO.- (*Marca, pausa*) Banco asturiano, el banco más cercano. Soy Don Francisco... Sí, hombre, sí, Quico...

PEPA.- Se empeña en eso de Don Francisco...

QUICO.- No, ya sé que has pagado la letra del préstamo el día dos, como siempre... ¿Un calendario? Sí, sí, ya nos han llegado, te lo guardo... No, Vicente, de chicas desnudas no traemos... Oye... ¡Oye! (*A los demás*) Que me dice que tiene el bar lleno de guardias y que no me puede atender. (*Cuelga*)

NICOLÁS.- ¿Cómo que lleno de guardias? (*Se asoma un poco a la puerta*) ¡Ay, Dios! ¿De dónde han salido tantos coches y guardias? (*Suena el teléfono*)

QUICO.- (*Descuelga*) Banco asturiano, el banco más cercano. ¿Cómo me cuelgas, Vicente?... Ah, perdón, perdón... (*A NICOLÁS*) Para usted.

NICOLÁS.- ¿Pero tengo que ponerme yo para pedir algo de comer? (*Coge el teléfono*) A ver, unas hogazas de pan y una tortilla de patata y listo.

RAFAEL.- ¿Qué dice? Soy Cospedal.

NICOLÁS.- Ah, sargento, mire, precisamente quería yo hablar con usted.

RAFAEL.- Ya está hablando. ¿Qué quiere?

NICOLÁS.- ¿Puede darme su número de teléfono?

RAFAEL.- ¿Para qué?

NICOLÁS.- Para llamarlo y hablar con usted, para qué va a ser.

RAFAEL.- Ya está hablando conmigo.

NICOLÁS.- Ah, es verdad. Oiga, que la gente aquí dentro tiene hambre.

RAFAEL.- Ponga atención. No sé si ha visto que ya han llegado los nacionales, la guardia civil, y hasta un delegado del gobierno civil. La cosa está negra.

NICOLÁS.- Por mucho que coman, quedará un poco para traer acá, digo yo. Aunque sea lo que sobre, a mi no me da más que esté manoseado.

RAFAEL.- Escuche. Puedo mandar que les lleven comida, pero a cambio usted tiene que entregarme un rehén.

NICOLÁS.- Oiga, que yo no soy el que tiene hambre, son estos de aquí, que le paguen ellos.

PEPA.- (*Va para allá decidida*) ¡Trae acá, que tienes menos espíritu...! (*Coge el teléfono*) A ver, señor. ¿Tan difícil es mandarnos un poco de pan y un poco de chorizo?

ANTONIO.- Y cecina, mujer.

RAFAEL.- Está claro quién de los dos lleva la voz cantante. Si quieren comida, hay que darme algo a cambio.

PEPA.- Sí, encima voy a pagar. Era lo que me faltaba. Ya le puede pagar Quico, que tiene más dinero que yo.

RAFAEL.- No se altere.

PEPA.- ¿Que no me altere? Mira, imbécil, ya nos estás mandando algo de comer antes de que me salte el genio y me enfade de verdad, ¿has oído?

RAFAEL.- De acuerdo, de acuerdo. No se precipite. Ahora mismo le mando a alguien con algo. Pero por Dios, a los rehenes ni los toque.

PEPA.- No se apure, que si manda chorizo, a esos ni los toco.

ANTONIO.- Acuérdate de la cecina, mujer.

PEPA.- (*Le da el teléfono a COLAS*) Hala, arreglado. A ver si aprendes. (*COLAS cuelga el teléfono*)

ANTONIO.- ¿Te costaba mucho pedir la cecina?

QUICO.- A mi el chorizo me da ardor.

ANTONIO.- Ay, Quico, a mi no me da ni gota de ardor. Lo que pasa es que entra tan pocas veces...

PEPA.- Muchos querrían comer lo que tu comes.

ANTONIO.- Si, los conejos o las gallinas, porque es todo berzas y más berzas.

PEPA.- He oído por la radio que eso es la dieta "meridiana" o algo así.

ANTONIO.- Pero yo soy asturiano, a mi me das fabes con tocino y morcilla.

PEPA.- Hay que comer sano.

ANTONIO.- ¿Y tu? Porque tu bien que lo comes.

PEPA.- Para que no lo comas tu. Ese sacrificio que hago por ti.

ANTONIO.- Si todavía voy a tener que estar agradecido.

QUICO.- A mi el médico me ha quitado la sal.

ANTONIO.- A mi no hace falta que me la quite el médico, ya se encarga mi mujer. Ay, con lo que a mi me gustaban esos torreznos por la mañana, fritos con toda la grasa...

QUICO.- Hmmm. Con su poco de rojo y su mucho de blanco...

ANTONIO.- Y esa rebanada de pan de leña, de tres dedos de gorda, bien empapada en aceite...

QUICO.- Y una taza llena de orujo...

NICOLÁS.- ¡Que hambre me está entrando! A ver si vienen de una vez con la comida.
(Suena el teléfono. QUICO descuelga)

QUICO.- Banco asturiano, el banco más cercano... Vale, vale. *(Cuelga)* Que están a la puerta con algo para comer.

NICOLÁS.- Voy para allá, que me han levantado un hambre... *(Apenas sale y entra con pan y queso)* La verdad es que después de oírlos a ustedes, esto ahora...

PEPA.- A buen hambre no hay mal pan. Trae. *(Lo coge todo)* Déjame la navaja, Antonio. *(Se la da y PEPA va cortando y repartiendo)*

ROSA.- *(A JOAQUÍN)* ¿No quieres comer?

JOAQUÍN.- Con estar aquí mirando esos ojos, estoy de sobra alimentado.

ROSA.- ¡Qué tonto eres!

JOAQUÍN.- Y ese hoyito que tienes en las mejillas...

ROSA.- Eso se lo dirás a todas.

JOAQUÍN.- Pero no que tienen esos labios rojos como las cerezas maduras.

ANTONIO.- Pepa, aquí solo hay pan. ¿Y mi queso?

PEPA.- Tiene mucha grasa. No te conviene.

ANTONIO.- Por lo menos dame la navaja, a ver si limpiándola contra el pan toma un poco de sabor.

NICOLÁS.- *(A JOAQUÍN)* ¿No quieres un poco de queso?

JOAQUÍN.- *(Maravillado con ROSA casi sin mirar a NICOLÁS)* No, gracias, Nicolás. *(Cambia el gesto)* ¡Nicolás!

NICOLÁS.- ¡Por fin! ¿Ya me reconoces?

JOAQUÍN.- *(Se levanta un poco asustado)* Sí, acaba de venirme todo de pronto... Pero, ¿qué haces aquí todavía?

QUICO.- Vaya, así que has recuperado la memoria. Entonces ya recordarás que tu has planeado el atraco.

JOAQUÍN.- Nicolás, ¿les has dicho..?

NICOLÁS.- No, no, no he dicho nada.

QUICO.- No lo niegas, ¿eh? Has caído con todo el equipo.

ROSA.- Pero, entonces... ¿Es cierto? ¿Estás detrás de todo esto?

JOAQUÍN.- Yo...

ROSA.- (*Casi llorando*) Y yo, como una tonta, aquí, siguiéndote el cortejo.

JOAQUÍN.- Rosa...

QUICO.- No te apures, está la policía ahí afuera, y vas a acabar donde mereces.

JOAQUÍN.- Rosa...

ROSA.- ¡Déjame en paz!

JOAQUÍN.- Si todo esto es por ti.

ROSA.- ¿Qué piensas? ¿Que por tener más dinero voy a prestarte más atención? ¿A un ladrón?

JOAQUÍN.- Si no es eso...

QUICO.- Yo que siempre te he tratado como un padre...

JOAQUÍN.- Ya está bien. Estoy detrás de todo esto, pero no es lo que parece.

QUICO.- Pues si esto no es un atraco, ya me dirás lo que es.

ANTONIO.- Ahora mismo parece un picnic.

JOAQUÍN.- Nicolás no es ningún ladrón.

PEPA.- No, hombre, no. La media en la cabeza, la pistola, el saco con el dinero...
¿Quién va a pensar que es un ladrón? Aunque... Podría ser inspector de hacienda.

JOAQUÍN.- Nicolás no iba a atracar el banco.

PEPA.- Mira, hijo, me parece que el golpe que te han dado todavía te está afectando.

RITA.- ¿Que le han dado? ¿Pero si...?

PEPA.- ¡Calla, que te arremango!

JOAQUÍN.- Miren, déjenme explicarme. Yo, desde que llegó Rosa a esta oficina, la verdad es que me quedé prendado de esos ojos, de esos hoyuelos...

PEPA.- Sí, Joaquín, y de la boquita de cereza, ya te hemos oído babear antes.

JOAQUÍN.- Pero no sabía cómo decirle nada, y la verdad, veía que ella ni miraba para mi.

RITA.- ¡Ay, con lo buen mozo que es!

JOAQUÍN.- Entonces fue cuando tuve la idea. Pensé que si me veía como un héroe, sería capaz de enamorarla, así que convencí a Nicolás, que por cierto, es primo mío...

PEPA.- Pues será de otra rama de la familia. Con esa cara...

NICOLÁS.- Oiga, señora, que lo que no tengo de guapo, lo tengo de avisgado.

PEPA.- Sí, sobre todo de avisgado.

JOAQUÍN.- Convencí a Nicolás que simulara un atraco al banco. Entonces yo lo reduciría, frustraría el atraco, y quedaría delante de Rosa como un héroe. Y todo iba bien, pero cuando tenía a Nicolás en el suelo, no sé qué pasó.

PEPA.- Un mareo, hijo. Igual al agacharte tan rápido... A mi me pasa a veces.

ANTONIO.- No, esta clase de mareos más bien me suelen pasar a min.

RITA.- Serán bajadas de tensión. Si solo comes berzas....

JOAQUÍN.- Pero, ¿quieren dejar de decir tonterías? Esa es toda la verdad. Todo esto era un montaje para quedar como un héroe, pero ya estoy viendo que todo se ha ido a la porra. ¡Y con la policía ahí!

ROSA.- ¿De verdad has hecho todo esto por mi?

JOAQUÍN.- Todo. Ya sé que es una locura, pero...

ROSA.- (*Lo abraza*) ¡Sí sabía yo que no podía ser tan malo! (*Los otros hacen un Ooohh al verlos abrazados*)

NICOLÁS.- Me alegro de que el cuento acabe con todos felices y comiendo perdices...

ANTONIO.- Eso, el que puede comer, que otros estamos a pan.

NICOLÁS.- Pero el caso es que la calle está llena de guardias, y a ver como salimos de esta.

QUICO.- Nosotros por la puerta, allá os las ventiléis tu y Joaquín. A ver si la policía tiene las mismas entendederas que nosotros. ¿Vamos?

PEPA.- ¿A dónde?

QUICO.- A la calle, señora Pepa.

PEPA.- De eso nada.

QUICO.- Está bien, acabe el queso si quiere, pero yo me voy.

PEPA.- De aquí no sale nadie. (*Se atraviesa en la puerta*) Hay que arreglar este lío.

QUICO.- ¿Qué?

RITA.- Estoy de acuerdo con Pepa. Esta historia de amor tan bella no puede romperse así. ¡Ay! ¡Qué recuerdos me trae de cuando yo cortejaba! Mi marido me decía cosas tan dulces, que me había dicho el médico que si no dejaba de decírmelas iba a volverme diabética.

PEPA.- En cambio para mi ese espantapájaros nunca tuvo ni una palabra amorosa. No sé cómo he acabado con él.

ANTONIO.- Si para ti no miraba nadie, calamidad. Y yo, porque me pillaste borracho en aquella romería, que si no...

QUICO.- Siento romper el momento, pero me dan igual las historias de amor. Yo soy más de novelas de tiros de Marcial Lafuente Estefanía.

PEPA.- ¡He dicho que de aquí no se va nadie! (*Firme en la puerta*)

RITA.- (*Al lado de ella, firme también*) Y aquí estoy yo para ayudarla.

ANTONIO.- ¡La madre que las parió! Veinte años sin ponerse de acuerdo una sola vez, y mira ahora, parecen Roberto Alcázar y Pedrín.

QUICO.- Miren, señoras, sintiéndolo mucho...

PEPA.- (*Le coge la pistola a COLAS*) ¡De aquí no se va nadie!

QUICO.- Pepa...

PEPA.- ¿Ya he dejado de ser señora? Mira, Quico. Vamos a desenredar todo esto, y no se hable más. ¿No ves que ha sido todo por amor?

QUICO.- Ay, Dios. Hay días en que uno no debiera de levantarse de la cama. Está bien. ¿Qué hacemos?

ANTONIO.- Yo, por lo pronto, voy a salir a ver cómo está mi mulo, y ya puestos voy un poco hasta el bar. Si me preguntan, digo que me he escapado en un descuido.

PEPA.- Antonio...

ANTONIO.- ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? Casi me haces un favor.

PEPA.- No, a ti voy a zumbarte y punto.

ANTONIO.- Ah, pues entonces me quedo. Quico, ese trozo de queso que has dejado, ¿lo vas a comer?

PEPA.- Anda, vete a comerlo y no des más la brasa, mientras nosotros pensamos algo.

ANTONIO.- El que pierde una vaca y encuentra un cuerno no lo pierde todo. (*Come el queso*) Hmmm.

QUICO.- Estás llorando, ¿pica el queso?

ANTONIO.- No, es de alegría. Hummmm. ¿Quieres creer que hará tres años que no como queso?

PEPA.- Dejaos de bobadas. Vamos a pensar en cómo salimos todos de aquí sin problemas.

JOAQUÍN.- No os compliquéis. Todo esto ha sido cosa mía. Yo apenaré con todo. Si le explico al juez como ha sido, y como al final ni se va a robar nada, ni hay heridos, no pasaré mucho tiempo en la cárcel. Voy a entregarme.

PEPA.- ¿Estás majareta? ¡Aquí no se entrega nadie! De aquí, o salimos todos o no sale nadie.

QUICO.- Tampoco es eso. Si Joaquín quiere entregarse por todos...

PEPA.- A que me lío a tiros y salimos todos pero con las piernas por delante.

QUICO.- Antonio, hijo, cada vez te compadezco más.

ANTONIO.- Y hoy está tranquila, si la vieses cuando se enfada...

PEPA.- Joaquín, eres inteligente. Piensa en cómo se puede salir.

JOAQUÍN.- Tiene que ser un plan bien elaborado. Hay que buscar una ruta de escape alternativa... ¡El sótano! Bajamos al sótano. Hacemos un agujero en la pared, salimos a las alcantarillas, y de allí vamos hasta el colector.

NICOLÁS.- No, no, que mis alpargatas son nuevas, y las ensucio.

JOAQUÍN.- A ver, Nicolás, ¿alpargatas sucias o cárcel?

NICOLÁS.- Cárcel no. Pero yo me descalzo, ¿eh?

RITA.- A ver si vas a pisar un cristal.

PEPA.- O te echa el diente una rata. En las alcantarillas de este pueblo hay unas ratas grandes como conejos.

NICOLÁS.- Gracias, señoras. Cada vez me está gustando más la idea de escapar por las alcantarillas.

ANTONIO.- Hablando de ratas... ¿Hay alguien más que no haya comido el queso?

PEPA.- ¿Has quedado con hambre?

ANTONIO.- Para una vez que puedo...

JOAQUÍN.- No nos desviemos. Necesitamos herramientas. ¿Don Francisco?

QUICO.- Joaquín, esto es un banco. Aquí hay billetes, papeles, lapiceros...

NICOLÁS.- Si picamos con un lapicero...

QUICO.- O con la grapadora, no te digo.

ROSA.- ¿Y con la pistola? Disparamos contra la pared, y luego con ella acabamos de hacer el agujero.

NICOLÁS.- ¿La pistola? Pero si es de plástico.

QUICO.- ¿Qué? ¿Llevamos aquí una hora y resulta que la pistola es de plástico? Ahora sí que me voy. ¡Ahí os quedáis!

PEPA.- (*Atravesada en la puerta*) Será de plástico, pero para hacerte comerla me da igual que sea de cuerno chamuscado.

QUICO.- No, Pepa, me voy.

PEPA.- Tu mismo. Pero como salgas por esa puerta voy a declarar que tu has sido el que ha planeado el atraco.

QUICO.- ¿Qué?

RITA.- ¡Y yo!

PEPA.- No, no. Voy a decir que lo ha planeado él solo.

RITA.- No, digo que yo también voy a decir eso.

ANTONIO.- Otra vez de acuerdo. Si no lo veo, no lo creo. (*Mira el queso*) A ver si me está sentando mal por la falta de costumbre...

QUICO.- A ver...

JOAQUÍN.- Nosotros diremos lo mismo.

QUICO.- Tu y yo vamos a hablar en cuanto pase todo esto de tu contrato, largo y tendido. ¡Chantajistas! Me quedo, pero porque yo quiero. (*Suena el teléfono*) Que lo coja otro que yo ya estoy harto.

NICOLÁS.- Banco asturiano... ¿cómo era? ¿El banco qué?

RAFAEL.- Soy el sargento Cospedal.

NICOLÁS.- ¿Y con quién quería hablar?

RAFAEL.- Veo que está de buen humor. Pero esto tiene que acabase, y bien pronto. Están los de la televisión en la calle.

NICOLÁS.- ¿Que están los de la tele?

RITA.- ¡Arrea, la tele! (*Se arriman todos menos NICOLÁS y JOAQUÍN a la ventana, saludando y empujándose unos a otros*)

PEPA.- Dejadme pasar delante, que si no, no se me ve.

ANTONIO.- Tendrías que haber crecido un poco más.

PEPA.- Habló la pértiga.

RITA.- Oye, Nicolás, pregunta que cuando sale esto.

NICOLÁS.- Oiga, ¿esto cuando sale?

RAFAEL.- Mire, no voy a aguantar más sus bromas. Tienen diez minutos para entregarse usted y su cómplice, y si no, vamos a entrar por la fuerza. Diez minutos, ni uno más.

NICOLÁS.- Oiga... Oiga... (*A JOAQUÍN*) Que tenemos diez minutos.

JOAQUÍN.- ¿Qué?

NICOLÁS.- Dice que van a entrar por la fuerza.

RITA.- ¿Te ha dicho cuando sale?

NICOLÁS.- No, más bien me ha dicho cuando va a entrar.

PEPA.- ¿Va entrar la tele? Entonces tengo que ponerme guapa. ¿Tienes una barra de labios, Rita?

ANTONIO.- Para que estés más guapa ponte el saco del pienso del mulo por la cara.

PEPA.- Calla tu, adefesio. ¿Tienes o no tienes, Rita?

RITA.- Claro, yo nunca salgo de casa sin ella y la sombra de ojos. Hay que estar siempre bien presentable. (*Le da un pequeño neceser*)

JOAQUÍN.- A ver, señoras, por Dios, que los que van a entrar no son los de la tele, es la policía, y seguro que no van a mirar quién está guapa y quién no. Tenemos diez minutos.

QUICO.- Ya os había dicho que lo mejor era salir.

PEPA.- ¡Que no será, y no será! (*Mira el neceser y le viene una idea*) Esta puede ser la solución...

ANTONIO.- Que no, mujer, que por mucho que te pintes lo tuyo no tiene arreglo, es cuestión de chapa, no de pintura.

PEPA.- Mira, Antonio, estoy apuntando aquí (*En su cabeza*) todas tus sandeces, y en cuanto llegemos a casa las vas a cobrar todas juntas.

ANTONIO.- (*Se arrima a la puerta y a voces*) ¡Policía! ¡Policía! ¿Para qué van a esperar diez minutos! ¡Entren ahora!

JOAQUÍN.- (*Lo quita de la puerta*) ¿Qué hace?

ANTONIO.- Hijo, quiero más que esos entren a tiros que lo que me espera en casa.

PEPA.- Escuchadme, tengo la solución. (*Enseña el neceser*) Aquí.

NICOLÁS.- No sé si voy a caber ahí, ¿eh?

PEPA.- Atended. La policía está esperando que salga de aquí un ladrón... varón.

NICOLÁS.- Que no, señora, que no soy ni barón, ni marqués. Si por tener no tenemos ni casa propia.

PEPA.- Un hombre. La policía espera ver un hombre. Así que solo hay que hacer que dejes de serlo.

NICOLÁS.- (*Se protege sus partes*) ¿Qué? ¡No, no! ¡De eso nada! ¡Voy a la cárcel, pero entero!

PEPA.- Desde luego, Joaquín, has cogido al más tonto del pueblo para el plan, ¿eh?

JOAQUÍN.- ¿Qué quiere? El único que me diría que sí.

PEPA.- No te quito la razón. A ver, infeliz. Vamos a vestirme y pintarte como una mujer, así pasarás desapercibido. Ellos no esperan ver a una mujer.

QUICO.- Mira, Pepa, sin tener en cuenta que la idea me parece una estupidez, estás equivocada. Ellos piensan que también hay una mujer.

PEPA.- ¿A santo de qué?

QUICO.- Si no hubieses cogido el teléfono media docena de veces cada vez que llamaba el sargento...

PEPA.- Eso también tiene arreglo. Llámame al policía ese.

QUICO.- ¿A dónde, señora?

NICOLÁS.- ¿Lo veis? Sabía yo que tendría que haber apuntado su número antes.

PEPA.- No se hable más. Rita, vas a salir, y vas a decirle al sargento que llame para acá. Les dices que te ha soldado el ladrón como gesto de buena fe.

RITA.- ¿Qué? No, de eso nada. Yo no me voy, que quiero ver como acaba esto. Sal tu, Rosa.

ROSA.- Sin Joaquín no voy a ningún lado.

ANTONIO.- Salgo yo, no os preocupéis.

PEPA.- ¡Tu quieto ahí!

ANTONIO.- Si es por el mulo, Pepa, que estará nervioso con tanta gente por ahí afuera.

PEPA.- Anda, coge otro trozo de queso y estate un rato callado.

ANTONIO.- Ay, Dios, esto casi compensa la que me va a caer en casa. (*Come más*)

QUICO.- Pues, Pepa...

PEPA.- Al final te has salido con la tuya, Quico. Anda, di que llamen para acá, que el ladrón quiere hablar con ellos. ¡Y deja claro que es solo uno, y que es un hombre!

QUICO.- Ya te he dicho...

PEPA.- Haz lo que yo te digo, yo me encargo. Y también procura marearlos mucho para que no nos miren demasiado cuando salgamos. Tienes de decir que el ladrón es alto, rubio... ¿Está claro?

QUICO.- Voy allá entonces... (*Sale con los brazos en alto*) ¡No disparen, que soy el director del banco asturiano, el banco más cercano...! (*Sale*)

PEPA.- Bueno, pues a esperar que llamen. Vamos a ponernos con el inocente este, a ver lo que podemos hacer. Hay que ponerle otra ropa.

JOAQUÍN.- Estamos en un banco, ¿de dónde la sacamos?

PEPA.- A ver, Rita, ¿traes faldón bajo la falda?

RITA.- Claro, Pepa.

PEPA.- Quítalo y dámelo.

RITA.- Es que me trasparente un poco la falda.

ANTONIO.- ¡Por Dios, que no lo quite entonces!

PEPA.- Rita, no es el momento de ser remilgada.

RITA.- Está bien. (*Se lo quita*)

ANTONIO.- Que se me van a revolver las tripas, con lo bien que me estaba sabiendo el queso.

PEPA.- Esto, para falda. Ahora la camisa.

ANTONIO.- ¡Esa que se la deje la cajera!

NICOLÁS.- Yo secundo la idea.

ROSA.- Pues ya te puedes poner la de tu madre.

NICOLÁS.- Está muy delgada, no me va a servir.

ANTONIO.- Mientras no se la deje mi mujer...

ROSA.- Tengo ahí atrás la rebequita que he traído de mañana, puede probar con ella. Es rosa, dará el pego.

NICOLÁS.- ¿Rosa? No me va a pegar con la camisa que traigo.

PEPA.- Puede servir. Ve a por ella. (*A NICOLÁS*) ¿Y tu qué esperas a vestirte? Venga, quita los pantalones y pon el faldón.

NICOLÁS.- ¿Delante de todo el mundo?

PEPA.- Si quieres sales a la calle, que está ahí la tele y das el espectáculo tu solo.

NICOLÁS.- Está bien, está bien... (*Quita los pantalones y pone el faldón*)

PEPA.- A ver si viene la cajera con la rebeca.

RITA.- Pepa, con esas piernas llenas de pelos no va a colar.

ANTONIO.- ¡Es que no has visto las de ella! (*PEPA lo traspasa con la mirada*)
Mierda, no soy capaz de estar callado.

PEPA.- Las medias que traías en la cabeza, vamos.

NICOLÁS.- Hombre...

PEPA.- ¡No me discutas!

NICOLÁS.- Vale, vale... (*Las va poniendo*)

ROSA.- (*Vuelve con la rebeca*) Aquí está. (*Suena el teléfono*)

PEPA.- Espera, que lo cojo yo. (*Coge el teléfono*) ¿Diga?

NICOLÁS.- Oiga, que no ha dicho lo de banco asturiano, el más no se qué...

RAFAEL.- Con usted quería hablar. Gracias por soltar a un rehén, pero entrar vamos a entrar de todas formas.

PEPA.- Yo no he soltado a nadie.

RAFAEL.- Nos está diciendo Don Francisco que solo hay un ladrón, pero usted y yo sabemos que no es así, ¿verdad?

PEPA.- (*Muy teatral*) ¡Claro que solo hay un ladrón, señor! ¿No ve que me está amenazando con la pistola para que hable con usted? ¡Es un canalla! ¡Un hombre muy canalla!

RAFAEL.- ¿Qué dice?

PEPA.- Lleva amenazándome desde que ha llegado, porque no quiere hablar con usted para que no le reconozcan la voz. Y si no hago lo que manda, me ha dicho que mata al mi marido. ¡A mi marido! ¿Qué sería de mi sin él? ¡No podría vivir!

RAFAEL.- Entiendo.

PEPA.- ¿Qué va a entender? Si usted llevase cuarenta años con él, no querría separarse nunca. ¿Y si me lo matan? ¡Ay, me mataría yo también!

RAFAEL.- Bien, bien. Entonces póngame con el ladrón.

PEPA.- No, dice que ya no habla más con usted, pero que va a soltar a los rehenes para que no pase nada, y que él va a salir el último.

RAFAEL.- Bien, bien.

PEPA.- (*Clamando*) ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Con lo que quiero a mi marido! ¡Gracias! (*Cuelga*)

ANTONIO.- (*Llorando*) Entre lo del queso y esto, hoy es el día más feliz de mi vida. (*Va a abrazarla*) ¡Mi vida! ¡Cuánto te quiero!

PEPA.- (*Lo empuja*) Anda y quita para allá, desgraciado.

ANTONIO.- (*Moqueando, habla con el queso*) ¡Qué desgraciado soy! Menos mal que te tengo a ti.

NICOLÁS.- A mi también casi me ha hecho llorar. A ver si va a ser el faldón...

PEPA.- Venga, pon la rebeca, y vamos a pintarte. (*NICOLÁS se pone la rebeca*) Píntalo, Rita. Bien pintado, ¿eh? Más o menos como cuando te pintas tu.

RITA.- Pepa, no volvamos a las andadas...

PEPA.- Perdona, hija, veinte años echándonos pestes, cuesta cambiar. (*RITA va maquillando a COLAS, muy exagerado*)

ROSA.- ¿Y ahora qué?

PEPA.- Ahora hay que ir saliendo poco a poco y pidiendo algo cada vez que salga alguien, para no levantar sospechas.

ANTONIO.- (*Que sigue comiendo*) Ahora que ya empecé a mover la mandíbula, ya estoy para lo que sea. ¡Que manden empanadas, tortillas, bollos preñados...!

PEPA.- Aprovéchate bien, que en lo que queda de año no vas a volver a ver nada de eso.

ANTONIO.- Pues entonces esto cae hoy entero aunque reviente.

JOAQUÍN.- ¿Cómo está quedando?

RITA.- Para Miss Universo igual no, pero para dama de honor de las fiestas de su pueblo... Levántate. (*COLAS se levanta y se luce un poco. Tiene que estar muy ridículo*)

ANTONIO.- ¡Dios, qué cosa más fea! Si la última mujer sobre la tierra fuese como tu, se acababa el mundo entonces mismo.

NICOLÁS.- Oiga, hago lo que puedo. Es que yo soy guapo, pero para hombre.

ROSA.- Pues como fuera el último hombre en la tierra, tampoco le veía yo mucho futuro.

JOAQUÍN.- No es por nada, pero este no pasa por mujer, ni siquiera fea.

ANTONIO.- No, pasa por una mujer horrible.

NICOLÁS.- Bueno, ¿eh? ¡Ya está bien! Sería la que me ha pintado.

RITA.- De donde no hay no se puede sacar. Bastante he hecho con lo que tenía.

JOAQUÍN.- No va a salir bien, por muchos trapos que le pongáis encima, no va a colar. Si tuviésemos una peluca...

PEPA.- Aunque esto es un banco, y nos toman bien el pelo aquí, me parece que pelucas no va a haber.

RITA.- ¿Y un pañuelo?

NICOLÁS.- Oiga, eso es de viejas, y yo soy muy joven.

JOAQUÍN.- Calla, Nicolás. Un pañuelo no vale, se lo pueden quitar. Necesitamos una peluca.

ROSA.- No hay pelucas aquí.

JOAQUÍN.- Esto no va a salir bien. Miradlo. ¿De verdad creéis que va a pasar por una mujer, por muy fea que sea?

PEPA.- Pensé que podría funcionar.

JOAQUÍN.- Ya lo sé, pero no va a funcionar. Hay que pensar otra cosa.

NICOLÁS.- Tenemos no más de cinco minutos. No va a dar tiempo.

JOAQUÍN.- (*Todos un poco derrotados*) ¡Cómo lo siento, Nicolás! De verdad que no esperaba que todo esto hubiera salido así.

NICOLÁS.- Más lo siento yo. Anda, por lo menos has logrado lo que querías. Tenéis que ir a verme de vez en cuando a la cárcel, ¿eh? Y si no os da más, al primer hijo le ponéis mi nombre.

ROSA.- Tampoco hay que ir tan allá. (*Aparte*) ¿Nicolás? No le pongo yo a un hijo mío ese nombre ni borracha.

PEPA.- Iremos todos a verte, no te apures. Y en el juicio también diremos que te has portado bien, y que no han habido heridos, y que no has robado nada. Así no te caerá mucho.

ANTONIO.- (*Con la boca llena*) Yo no te digo nada, porque no quiero perder bocado, pero estoy con ellos.

NICOLÁS.- Gracias, gracias a todos.

JOAQUÍN.- Entonces será cosa de salir, antes de que entre la policía.

PEPA.- Id saliendo vosotros.

JOAQUÍN.- (*Abraza a NICOLÁS*) Gracias, gracias de verdad. (*NICOLÁS le da un beso*) ¡Nicolás! ¿Qué haces?

NICOLÁS.- Perdona, Joaquín, así vestido me ha debido de salir la vena femenina.

ROSA.- Joaquín, puestos a engañarme con otra, a ver si la escoges más guapa.

NICOLÁS.- Y dale que te pego. Ya me tenéis harto. (*Pican a la puerta*)

JOAQUÍN.- ¡Dios, ya entran! (*Cada uno se esconde donde puede*)

ANTONIO.- (*El único que no se ha movido*) No dejo yo perderse este queso ni aunque vuelva la guerra.

NICOLÁS.- (*Se abre la puerta. NICOLÁS levanta los brazos*) ¡Me rindo! ¡Me rindo!
¡No disparen! Vaya, como me tira de la sisa esta rebeca... ¡Me rindo!

QUICO.- (*Entra con una bolsa y cierra la puerta*) ¡Dios mío, qué cosa más fea!

NICOLÁS.- ¡Otro! Rita, ¿usted que me ha hecho? ¿Pintarme o embadurnarme?

PEPA.- Mitad y mitad, hijo. ¿Qué haces aquí, Quico?

QUICO.- He convencido a los policías de que solo había un ladrón, macho, y de que no entrasen porque iban a ir saliendo todos los rehenes poco a poco, porque el ladrón se iba a entregar.

PEPA.- ¿Y tenías que venir a decírnoslo, animal? Ahora que nos disponíamos a salir...

QUICO.- A ver, doña Pepa. Estando ahí afuera he pensado que si había que vestir a este garrulo de mujer, no sé con qué se iban a arreglar, así que les he dicho a los policías que el ladrón había pedido bebida para los rehenes y para él.

ANTONIO.- ¡Por fin! Ahora sí que va a ser la felicidad completa. ¿Traes sidra o vino?

QUICO.- Traigo agua.

ANTONIO.- Ya era demasiado lindo para ser verdad.

PEPA.- Quico, deja al zopenco de mi marido, y acaba. ¿Qué quieres que hagamos con agua? ¿Bañarlo?

NICOLÁS.- ¡Ay, Dios! Que me pinten, pase, ¿eh? Pero bañar, me baño solo.

QUICO.- Es que debajo del agua, traigo otra cosa. (*Revuelve y saca una peluca*) Me parece que esto va a ayudar un poco, ¿no creéis?

PEPA.- Quico, por una vez en tu vida, has estado providencial. ¡Casi me apetece darte un beso!

QUICO.- Deje, deje, me doy por agradecido sin falta de él.

PEPA.- Ahora con la peluca, igual aún podemos arreglar a este. Siéntate. (*Le ponen la peluca, intentando taparle en lo posible la cara*) Ahora sí. Esto ya tiene un pase.

JOAQUÍN.- Habrá que confiar en que la policía esté pensando en otra cosa, pero bueno, es la oportunidad que tenemos.

QUICO.- Tengo que irme, y alguien tiene que salir conmigo, porque les he dicho que a cambio del agua me dejarían salir a mi, y a otro rehén.

PEPA.- Rita, tu.

RITA.- Es que yo quería quedarme hasta el final.

JOAQUÍN.- Yo saldría, pero con Rosa.

PEPA.- A ver si ahora no quiere salir nadie.

ANTONIO.- No, no, yo sí quiero salir.

PEPA.- ¡Tu sales cuando yo!

ANTONIO.- He tenido que ser muy malo en otra vida para tener que aguantar todo esto ahora.

PEPA.- Anda, Rita, hija, si total vamos a salir todos dentro de nada.

RITA.- Está bien. ¿Vamos?

QUICO.- Siempre me toca bailar con la más fea.

RITA.- ¿A que todavía la vamos a tener? (*Salen*)

PEPA.- Y tu, ¿qué, tragón? ¿Has acabado ya con el queso, o habrá que esperar a los postres?

ANTONIO.- Unas mantecadas ahora...

PEPA.- Joaquín, sal ahora tu con la chica.

JOAQUÍN.- Está bien. Gracias otra vez, Nicolás... ¡Y no vengas a darme un beso!

¿Vamos, Rosa?

ROSA.- Contigo, al fin del mundo. (*Salen*)

PEPA.- ¡Qué emocionante! Ay, me estoy acordando de que una vez yo también fui como ella.

ANTONIO.- De eso no me acuerdo yo. Sería de más chiquilla.

PEPA.- Tampoco eras tu como Joaquín, cencerro. Para lo poco que eras, te has llevado más que de sobra.

ANTONIO.- No te quito la razón. Me sobra todo lo que me he llevado.

PEPA.- ¡Hala! Arrea tu ahora, que ya estoy de verte delante hasta el moño.

ANTONIO.- A esta mujer no hay quién la entienda. Primero no quiere que marche, ahora me echa...

PEPA.- ¡Pero ya!

ANTONIO.- Vale, vale... ¡Ay, mi pobre Lucerito! ¡Allá voy a verte! (*Sale*)

NICOLÁS.- Llega el momento. ¿Colará, doña Pepa?

PEPA.- Tendrá que colar, hijo.

NICOLÁS.- Muchas gracias por todo. No sé cómo les podré pagar todo lo que han hecho por mi. Con lo mal que lo han tenido que pasar.

PEPA.- No te creas. A nuestra edad la vida es tan aburrida, que una cosa de estas parece que hasta te anima. Y además, gracias a ti, Joaquín y Rosa están juntos. (*Miran por la ventana*) Míralos, que acaramelados están... ¡Ay!

NICOLÁS.- Parecido a como está su marido con el mulo. No sabría decirle cuáles están más contentos de estar juntos.

PEPA.- ¿Vamos entonces, Nicolás?

NICOLÁS.- Vamos, entonces, doña Pepa.

PEPA.- (*Se coge del brazo de COLAS*) Hacía tiempo que no iba del brazo de un hombre hecho y derecho.

NICOLÁS.- Tal y como voy ahora, menos un hombre hecho y derecho parezco cualquier cosa. Después de usted, doña Pepa. (*Salen*)

ANTONIO.- (*Entra acalorado nada más salir los otros*) ¡Dios, que casi me queda el queso! (*Lo coge y sale mientras cae el*

TELÓN